

José A. Ramírez Lozano

LA RUTA, DE EMINÉ

algaida



La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la edición convocadas por la Consejería de Cultura, Turismo y Deportes de la Junta de Extremadura, de acuerdo con las especificaciones contenidas en el Manual de Identidad Corporativa de la Junta de Extremadura en vigor.

Primera edición: 2023

© José Antonio Ramírez Lozano, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-851-1

Depósito legal: SE. 916-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A la memoria de Joan Perucho
y Álvaro Cunqueiro*

*Y al expulsarnos de aquel Paraíso,
el error de los dioses fue
no cortarnos la lengua.*

TURIÓN

BIEN SABÍA TURIÓN QUE EL DESTINO ES como un verso escrito. Como eso, como el hilo de una oculta caligrafía con que un hombre enhebra su propia historia. Algunos apenas si aciertan a leerlo. Turión sí. Turión había sido en su mocedad pescador de sombras y sabía intuir el brillo de una escama, la existencia de peces en el aire abisal de la noche. Supo por eso de su caligrafía, del destino que le estaba signado y que en su alma se cifraba.

Era hijo de un pescador del pueblo de Martuni, junto al lago Seván, allá en Armenia. Imposible otra pesca allí que la nocturna. Unas aguas sin ríos como las suyas no hallaban otra salida que la evaporación nocturna. Los peces saltaban del lago y aprovechaban

la densidad de la niebla para sobrevolar los tejados de la ciudad. De manera que los pescadores se apostaban en las torres y las azoteas con sus cañas, aguardando a que una carpa dorada sacudiera el reclamo en el sedal y sus escamas iluminasen la noche.

A las carpas en Martuni se las tenía por mensajeras de la divinidad y, a veces, revelaban los dictados del destino. Así que, como el padre le tenía advertido, la noche del seis de abril, festividad de los santos mártires Timoteo y Diógenes en Macedonia, Turión pescó una carpa singular.

—Aquí está, padre —bajó alborotado.

El padre, cuando la vio, supo ya que era una carpa premonitoria de las que se pescan sólo una vez en la vida. Era más redonda que el común y aquel color dorado la delataba.

—Has de abrirla antes que muera —le advirtió cauto—. Si la dejas morir se habrá borrado el mensaje en sus vísceras.

La madre acudió también convencida de que aquel pez entrañaba el destino de su hijo. No tuvo más que pasarle un paño para ad-

vertir que sus escamas eran verdaderas monedas de oro.

—Treinta —las contó ella una por una con un punto de avaricia.

Una dote con la que, según la tradición cristiana, el arcángel Rafael amparaba las vicisitudes del camino que habrían de sobrevenirle.

—Ya verás —aseveró echando mano al cuchillo—. El arcángel cuidará de ti lo mismo que cuidó de Tobías.

Abrió el vientre de un solo tajo y dentro, junto a las vísceras, hallaron escrito un nombre, el de Eminé.

—Es un nombre otomano ese —afirmó el padre—, ¿qué viento llevaba esta carpa, hijo mío?

—Al oeste volaba.

—Entonces ella está en Estambul.

—Seguro que será hermosa —zanjó la madre—. En Estambul las mujeres tienen los ojos azules de mirar al mar.

Y le puso en el zurrón un pan de higos, seis arenques salados, dos camisas de lino, un

pañuelo de la nariz, un tarrito con cebos para el anzuelo y una estampa del arcángel protector.

No hubo una sola lágrima de despedida. Cumplir los mensajes que el destino marcaba suponía para los padres un acontecimiento esperado y gozoso. Esa mañana Turión era el hombre más feliz de Martuni. Los vecinos lo saludaban sin parar de augurarle la prosperidad que se prometía.

—Y vuelve con ella un día, rufián —le jaleaban.

La dote del arcángel fue cumpliéndole el camino desde la tierra de Martuni hasta el mismo Bósforo. Con la primera escama pagó el portazgo en la frontera de Amón. Con la segunda de las monedas de escama compró un sombrero de fieltro en Agri, camino de Erzurum. El desamparo del sol le hacía hervir la sangre y equivocarse los pasos con su modorra. En Erzurum se hospedó junto a la madraza por dos escamas más. En Erzincan tuvo que acudir a un barbero que le curó una rozadura del pie y le cobró otra más. Luego

fueron dos en Bolu por el hospedaje y dos más que dio a un camellero de Doganci porque le guiase por el desfiladero hasta Düzce. En Adapazari apenas gastó, invitado por un armenio pariente y mercader de crisálidas. Pero fueron siete las que tuvo que pagar al barquero al cruzar el Cuerno de Oro. De modo que, al entrar en Estambul por la mezquita de Yeni Cami, sólo le quedaban cuatro de las treinta escamas. Y esas las fue dando a quienes les preguntaba por la dirección de Eminé.

—Es muda —le dijo el primero.

—Teje alfombras con hilos de seda —le dijo el segundo.

—Junto al Bazar vive. Todos allí la conocen —añadió el tercero.

—Su padre se llama Basir —concluyó el cuarto, ya en la puerta.

ESTAMBUL

ESTAMBUL CAMBIÓ SU VIDA PARA SIEMPRE. Aquella era una ciudad construida sobre sí misma por tres veces. Bajo sus cimientos bullía aún Constantinopla, cota a la que sólo llegaban los gatos sabios. Sobre Constantinopla, Bizancio, una ciudad oscura hecha de bóvedas y panes de oro. Y sobre Bizancio, Estambul. En ella parecían confluír las corrientes de las culturas del mundo. Sólo ella poseía la llave que daba del uno al otro continente. De manera que todas las lenguas se escuchaban allí y no sólo las lenguas, también se conjugaban en ella los olores de la tierra. En las lonjas se amontonaba el pescado de Mármara; en los bazares las pirámides rojas del azafrán y la pimienta, la cúrcuma, el anís y la galanga. Así que Turión supo que más allá de esta ciudad ya no había mundo.

La de Eminé era una casa pequeña con un tejadillo vidriado y una ventana a la calle. Dentro se escuchaba un martilleo de batán que revelaba la condición tejedora del padre.

—Ahí es —le indicaron—. Es la hija de Basir.

Fue el padre quien le abrió. Era un hombre pequeño. Traía los ojos escondidos en sus cuencas pero vivos.

—Soy Turión, el pescador de sombra —le dijo—. Busco a Eminé.

Basir no tuvo otra respuesta que la de dar un paso atrás e inclinar la cabeza en un ademán de recibimiento. Hay destinos en la vida que aventuran de antemano la hora de su cumplimiento, de manera que no suponen extrañeza alguna en las almas de los protagonistas, por más que sea la primera vez que se encuentran.

—Eminé no está —le dijo quejumbroso—. Mi hija es muda y teje una alfombra de sombra y silencio para el sultán.

Turión quiso entender que el cometido para el sultán debía entenderse como un pri-

vilegio. Pero la tristeza del padre delataba lo contrario.

—Aunque no le falta de nada —añadió—, a mi hija la tiene presa. Sólo saldrá de Topkapi cuando acabe de tejer la alfombra. Y quiera Alá que no la tome por favorita entre las de su harén. Quédate conmigo si la amas. Comerás en mi mesa hasta su regreso.

Turión agradeció el hospedaje. A Basir le gustaba conversar sobre el origen del mundo. Estaba convencido de que el universo había sido creado por Alá con una madeja de seda. Turión solía contarle de su tierra y el arte de la pesca nocturna que el viejo no creía.

—La oscuridad es un mar, señor Basir —respondió Turión limpiándose la boca—. Un enorme mar. El día y la noche son su pleamar y bajamar. Yo he pescado besugos enormes en mitad de la tormenta nocturna. Ya lo verá. Además, quiero que Eminé me teja una red.

—Aquí pasa todo lo contrario —apostaba el viejo—. Los peces se pescan bajo tierra, mira tú.

—¿Y es posible eso?

—En las cisternas de Yerbatán hay carpas que no han visto el día y morirán sin verlo.

Y así pasaban los días sin noticia de Eminé. Turión bajaba a pescar con los gatos a la penumbra de aquella cisterna. Traía carpas ciegas que se cargaban de lumbre nada más sacarlas a la luz y si se las colgaba del techo lucían como una tea de fósforo toda la noche. No desesperaba Turión convencido de que el destino le había asignado a Eminé y nada, por muy poderoso que fuese, se la arrebataría. Sólo tenía que aguardar el momento.

Y ese momento no se hizo esperar, porque a eso de las dos semanas se supo en todo Estambul que Eminé había terminado su alfombra y que el sultán, entusiasmado con la novedad, había mandado ponerla en el salón del trono allá en Topkapi, y que al pisarla se había perdido en ella, siendo como era de sombra y silencio. Nadie daba con él por más que lo llamaban a voces. Nadie podía adivinarlo en aquel salón de sombras.

—Esa bruja no saldrá de aquí si no revela la clave del hechizo —había dicho de Eminé la madre del sultán.

Eso inquietó a Turión. La ciudad andaba revuelta sin el gobierno del sultán. La madre y el visir decidieron convocar a todo aquel que supiera la forma de liberarlo. Pagarían mil dinares de oro.

—Tú lo conseguirás —le dijo Basir con el convencimiento del que habla por boca del destino.

—¿Y cómo lo haré? —reparó Turión—. Soy pescador, nada sé de tramas ni de hilos.

—Yo te diré el secreto de la seda, hijo. Mañana acudirás a Topkapi y la liberarás.

Esa mañana misma Turión se puso a la cola. Hacía el número doscientos cuarenta y dos y tuvo que aguardar hasta la anochecida. Concurrían allí magos y menestrales venidos de las ciudades más remotas del imperio. Uno hubo que traía una aguja de oro que enhebraba la sangre y sabía dar con el calor humano por escondido que se hallase. Otro traía bajo el brazo un espejo de plata que devoraba las

sombras. Todos se miraban con recelo de competidores y más aquellas manos de Turión que nada traía.

Llegó su turno y entró decidido en el salón. Se acuclilló al borde de la alfombra y fue recorriendo el borde hasta dar con el cabo que le había dicho Basir. Tiró de él y se levantó tirando al tiempo que ovillaba aquel hilo negro que entramaba la alfombra. Y a su vez esta se iba deshaciendo. A las dos horas, no quedaba ya en el salón más que hilo en el ovillo y el sultán apareció liberado. Venía como adormecido.

—Creedme —declaró desencantado—. Este del silencio no es el reino que esperaba. En él nada puede darse si antes no se nombra. Alabado sea Alá que me rescató.

—Así es, señor. Alá lo hizo por mano de este muchacho.

—Ven acá —lo llamó el sultán. ¿Quién eres tú?

—Soy Turión, hijo de las sombras.

El sultán se mostró entonces generoso y además de los mil dinares le ofreció cincuen-

ta camellos cargados de especias, seis esclavos a su servicio y otros cinco esclavos filólogos.

—Nada quiero yo, señor. Me basta el amor de Eminé.

El sultán quedó un momento confundido, debido a la ausencia en la que había estado preso. Luego reaccionó.

—Entregádsela al muchacho —ordenó—. Dadle también cuanto le prometí.